

**HERNÁN NEIRA**

***EL FINAL ACIAGO DE  
TUPAC AMARU***

Publicado por primera vez en  
revista ARAUCARIA DE CHILE  
número 47-48, Madrid, 1989.

© Hernán Neira

No puede ser subido a internet ni reproducido en papel sin permiso del autor  
Se autoriza vínculo a la página de Hernán Neira para acceder al cuento

[www.neira.cl](http://www.neira.cl)

----oO---

A cualquiera que entregare, muerto o vivo, al expresado traidor José Tupac Amaru, se le dará 2.000 pesos (...) quedando, si fuese plebeyo, sin más que este hecho, por noble toda su familia

Por que los caballos no fuesen muy fuertes o porque el indio fuese de fierro, no pudieron dividirlo.

*Archivo de Indias, Audiencia de Lima*

Aquel 18 de mayo de 1781, Juan Gabriel Tupac Amaru contemplaría el instrumento de su muerte al amanecer. No serían los hombres quienes se encargarían de él. Así como en la Conquista se mataba indios soltándole los perros, de él también se encargarían las bestias. Pero no los canes, sino cuatro caballos de tiro acostumbrados al aire enrarecido en las alturas y a jalar los pesos por las pendientes.

Para escogerlos se organizó un concurso, no bastaban aquellos que subían provisiones desde Callao hasta los Andes y se buscó también en las haciendas. Los ganadores se disputaban el honor de que las más preciadas de sus reces fueran escogidas para el descuartizamiento. Un oficial y dos soldados recorrieron los alrededores hasta dar con el cuarteto.

- ¡Tira, tira, para que ajusticies al maldito!- gritaban mientras un sirviente indígena guasqueba al percherón en el examen.

No se le concedieron los privilegios de la espada con los que se ejecuta a los nobles, ni los de la horca con la que se da fin a los villanos. Reclamaba su sangre real y la legitimidad del levantamiento, pero hasta su nombre se le negaría en el juicio para aniquilarlo antes de morir. Jamás fue consignado su apellido como el propio. Convocado a declarar su identidad, en las actas siempre consta “pretende ser”, jamás “es”. Menos que forajido, menos que indio, menos que nadie, Tupac Amaru, último descendiente de Manco Capac, moriría sin identidad y por descuartizamiento. Sanción para el rebelde, derrota del estratega prematuro, fracaso de una empresa que oponía indios a criollos en lugar de unirlos.

Tan sólo hacía unos meses remontaba el Urubamba, corría entre senderos y dominaba o creía dominar montañas y altiplanos, habiendo incluso descendido hasta la capital. Libre, conduciendo a sus valientes, oía los ecos del futuro que el forjaría para su raza y escuchaba truenos que atemorizaban al enemigo en los precipicios. Al llegar de incógnito a los caseríos sentía, en silencio, un resoplo mudo que le daba la bienvenida. Entraba clandestino y se sentía seguro en las ciudades de piedra; tal vez había olvidado que Pisac fue para sus ancestros la fortaleza inútil contra la ocupación. No un extranjero, sino su hermano, su compadre, reveló su identidad y su escondite en Langui. Orientados por guías indígenas que sirvieron de brújula, de mapa, de traidores, desde Cuzco salió a capturarle una multitud de picas, mosquetes, herraduras, soldados y oficiales.

Cuando vio aparecer a esa partida, incrédulo, imprevisor hasta entonces, no se explicó lo sucedido. Ser preso era ser muerto y trató de luchar, pero no le dieron tiempo a defenderse. Cautivo le bajaron del monte y durmieron, él y sus guardianes, en una aldea cercana. Después, le llevaron encadenado hasta el cuartel y desde allí a la mazmorra. En el camino los transeúntes, curiosos, se detenían preguntando quién era el preso que merecía esa custodia, quién era el criminal al que traían con tanto aparato. Corrió la voz más que los soldados y al llegar a Cuzco la muchedumbre le esperaba con rencor. Tupac Amaru se hallaba sólo en la ciudad. Si tuvo aliados, se escondían: en la capital, todos estaban o parecían estar contra él. Los suyos, sin jefe, sin armas, desmoralizados, estaban dispersos, y los que no habían sido capturados huían por los cerros. Su raza estaba vencida

y la memoria de ella olvidada con la mita y los tributos. Entre mulatos e incluso entre indígenas, salvo excepciones, el sometimiento físico se había transformado en esclavitud del alma, grillos que, por ligeros e invisibles, eran más difíciles de romper que los de hierro. El Inca no tuvo en cuenta esas cadenas y, extrañado, contemplaba a sus iguales abominando de él:

- ¡Traidor, bandido, animal, indio!- le gritaban hombres tan morenos como él.

El juicio estaba decidido desde antes de realizarse. Sin embargo, se llenaron fojas y fojas que se pondrían amarillas antes de que en la última se inscribiera la conclusión fatal. El juez Areche no se detuvo en su despacho a discutir las, temía que, en América, la sangre de los Tupac Amaru rivalizara con la sangre real. En Lima, dictó y firmó sentencia:

- Que arranquen de una vez cuatro caballos, de forma que su cuerpo quede dividido en otras tantas partes.

En aquella mañana la claridad del día en el altiplano le hizo transparente el destino de quién nunca más tendría destino. Ya no podría mirar cara a cara el sol ni el brillo de su estirpe en el reflejo de las nubes. Al asomarse a la plaza desde uno de los costados de la catedral, no había sorpresa en Tupac Amaru por la cantidad de público que presenciaría su muerte, sólo miedo. Las montañas que, hasta entonces, habían sido su sitio natural y que rodeaban la ciudad le hicieron sentirse aplastado por primera vez. La geométrica cerrazón de la explanada, llena de centinelas, y lo imponente de las cumbres, impedía toda escapatoria. Le llevaron hasta el centro, donde no había otro patíbulo que animales y verdugos. Le soltaron las cadenas y en su lugar se le ató con cueros que, ligándole a los caballos, le arrancarían brazos y piernas. Las bestias relincharon y comenzaron a agitarse.

- ¡Sooo, quietos! – gritó el mozo que se encargaba de ellas.

Tupac Amaru pudo sentir el olor de las crines transpiradas el mismo tiempo que la textura de las correas alrededor de las muñecas y de los tobillos. Su rostro, desfigurado y manchado de sangre, decía lo que él, con la lengua cortada, no podía decir. El verdugo se cercioró de los nudos y de las ataduras de los caballos. Entonces se acercó un sacerdote y, con latines, dio la extremaunción al desdichado. Tupac Amaru sólo hablaba quechua.

Al finalizar hubo silencio. La muchedumbre, que había cesado de dar voces, se retiró ligeramente cuidando de no hacer ruido y formando un círculo con Tupac Amaru y las bestias al centro. El sol relucía, las nubes resplandecían contra un cielo de azul intenso, el aire era límpido y se podía ver el horizonte a muchos kilómetros. Una brisa suave acompañaba la ceremonia. Los animales fueron separados y dispuestos en forma de cruz. Obligado por las ataduras, el Inca cayó y hubo de desplegar sus miembros siguiendo los tirones equinos

previos al suplicio. Sudaba en frío y sólo se mantenía quieto por no asustar a las bestias y apresurar su fin. Pero los caballos sólo obedecían a sus amos y éstos aguardaban las órdenes de la autoridad. Alguien tenía aún que dar el visto bueno y certificar que todo estuviera preparado sin posibilidad de escapar. Se revisó cada detalle y se comprobó que los mozos estuvieran listos para fustigar los percherones. Entonces un oficial leyó la sentencia y fue señal de que comenzará el tormento.

Situado en el vértice de las fuerzas animales, oponiendo y equilibrando los vectores, al tensarse las cuerdas el cuerpo de Tupac Amaru es levantado y se desplaza de un lado a otro según las reses se cansaran o los guascazos fueran eficientes. El dolor se refleja en sus ojos y parecen querer saltarle de las órbitas. Pronto, al sentir los tendones forzados, pero todavía unidos, el Inca se desahoga con un ruido gutural que la algarabía de la muchedumbre apaga. La multitud quiere ver resultados de prisa, quiere ver el desgarró y quiere ver galopando a los caballos con un trozo del Inca. Pero los caballos parecen impotentes para romper la integridad del condenado y la separación tarda. La demora transforma el júbilo en voces de sorpresa que pronto serán de mutismo y perplejidad. Oficiales y jueces no saben qué hacer para apresurar el desmembramiento y repiten con insistencia las órdenes iniciales. Los mozos golpean las fustas con más fuerzas y, nerviosos, asustan a uno de los equinos. Los caballos resoplan, las herraduras resbalan sobre los adoquines, no se sabe, no se comprende cómo un indio debilitado y endeble puede resistir por los cuatro costados.

- ¿Qué sucede, qué pasa? No es más que un simulacro – aventuran algunos sintiéndose burlados.

La voz del engaño corre como antes la noticia de la captura y el descontento se hace sentir más que los quejidos de la víctima. Algunos protestan, no para liberar al indio, sino exigiendo la evolución normal del espectáculo. No faltan quienes insultan a las autoridades y le arrojan frutas recién compradas en la plaza. Se empuja a los militares y se quiere apresurar la ejecución por medio de un linchamiento. Los oficiales interpretan el desorden como un motín de Tupac Amaru y de sus cómplices. Vuelven las picas hacia el gentío y lo controlan tras haber hecho un herido. Como advertencia contra la labor incumplida o tal vez como presagio, una súbita ráfaga de viento azota la ciudad golpeando los postigos, derribando el asta de una bandera y obligando a cerrar los párpados para soportar el polvo en los ojos. Asustados, los perros aúllan y, algunas personas, tal vez atemorizadas, tal vez con otras cosas que hacer, abandonan la plaza pretextando negocios.

- Quizá el indio es brujo y nos eche un suerte – dice un anciano al mismo tiempo que se va.

Entonces, una mestiza que, absorta con el suplicio, nadie había visto, deja su balcón y baja. Elegante, de ojos negros, ennegrecidos todavía más a causa de la furia, toda de negro, corre por las escaleras dejando el hogar. Su sirviente trata, como es costumbre, de seguirla, pero apenas tiene tiempo y se rezaga, perdiéndola, preocupada de no poder cumplir con su deber. La mujer se desplaza rápido entre la muchedumbre, se abre paso imponiéndose gracias a sus vestidos, al dominio de sí, al don de mando adquirido por generaciones.

- ¡Matadle, matadle!, ¿es que no os atrevéis? – grita a un oficial.

Este no responde y ella insiste aún más fuerte:

¡Cobardes, cobardes! ¿Tendré que hacerlo yo?

De improviso se acerca a un militar y le arranca su espada. El uniformado no alcanza a detenerla y ella, blandiéndola, se escurre nuevamente en medio del público para aparecer, segundos más tarde, al centro del corro. Frente a ella está Tupac Amaru, quien la mira esperando un milagro y preguntándose si viene a liberarle o darle fin. Le invade una esperanza vana, Tupac Amaru se cree salvo y sólo aguarda el momento del alivio. Desea concluir con el dolor y se convence del pronto rescate ignorando que, si se soltasen las cuerdas, jamás podría escapar. Sus huesos están desencajados e incluso si sobreviviera ya no recuperaría el movimiento de los miembros. Sólo piensa en vivir, ha olvidado la revuelta y ya no sabe quién es él.

Un superior la percibe y, temiéndola compañera del insurrecto, grita “¡alto!” y la amenaza con un arma de fuego. La mujer se detiene y deja caer la espada aunque no por ello cesa de gritar instigando a terminar con el tormento. En el público unos dan vítores mientras otros enmudecen. Ante el desorden, Areche, que ha subido a Cuzco, da una orden que nadie escucha. Un subordinado se acerca entonces a Tupac Amaru, que ya no siente nada, y con un movimiento de sable, cercena una cuerda que a ella han impedido cercenar. Roto el equilibrio de las fuerzas, una de las bestias tira y descuartiza al indio. Más tarde, arrestada, la mestiza jamás confesaría si fue por odio o por piedad que quiso matar al Inca.